

VOLVER A LA RUTINA

Llevo un rato hechizada con la mirada clavada en el horizonte. Los campos amarillentos, en ocasiones, casi desérticos, parecen no acabarse nunca. A través de la ventanilla del tren, las balas de paja, abandonadas y dispersas en el solitario paisaje, desaparecen haciéndose imperceptibles con rapidez. No hay tiempo para la nostalgia, la velocidad de la máquina, enseguida, sustituye una alpaca por otra, un campo por otro, un infinito por otro. No pienso en nada, solo observo en silencio.

Al cabo de unos minutos, un fuerte traqueteo me saca de mis pensamientos. Apenas han sido unos segundos de sacudida, pero han bastado para devolverme al interior del vagón. En frente, un señor de avanzada edad, barriga exagerada y mostacho blanco duerme con la boca abierta como un polluelo esperando a que su madre lo alimente. A su lado, una joven raquítica de piel blanca y ojeras marcadas escucha música con unos grandes auriculares sin dejar de manipular el móvil. Por suerte, el asiento de mi lado está vacío. Odio tener que entablar una conversación con alguien solo por el hecho de que la aplicación de compra de billetes nos haya asignado butacas contiguas. Además, he podido dejar la bandeja de empanadillas que mi madre se ha empeñado en darme.

Llevamos tres horas de viaje y aún quedan unas cuantas más. Se me está haciendo eterno. Siempre me pasa lo mismo, la vuelta de las vacaciones es larga y triste. Rebusco en la mochila la bolsa del almuerzo, la saco y deshago el doble nudo que le ha hecho mi padre. Dentro hay dos enormes bocadillos y un buen trozo de bizcocho envueltos en papel transparente, también, dos plátanos algo maduros y un melocotón con la piel reluciente. Aunque cuando mi padre me ha preguntado qué quería para comer, le he contestado que un bocadillo de atún y un melocotón, no me ha extrañado encontrarme semejante festín, él es así: exagerado de más. A pesar de mi reticencia inicial, he acabado engullendo por completo uno de los gigantes bocadillos, un plátano y parte del bizcocho. La falta de

conversación y el estómago lleno están propiciando que se me cierren los párpados. No me gusta dormir cuando viajo sola, soy algo desconfiada, pero como sé que, en esta ocasión, el sueño va a ganar la partida, pongo la bandeja de empanadillas sobre mi regazo y me relajo.

Al cabo de un rato, el tren se detiene, entreabro un ojo, estamos parados en una estación, no sé en cuál y tampoco me interesa, por lo que retorno a mi estado de somnolencia. Poco después, alguien me da un codazo, me espabilo de sopetón, no había llegado a quedarme dormida del todo, pero me fastidia igual que si hubiera estado zambullida en la fase REM del sueño. La mujer, que la aplicación de compra de billetes ha tenido la amabilidad de poner a mi lado, me pide disculpas con una sonrisa mientras intenta acoplar su gran culo en el asiento. Sus labios quedan hundidos en medio de sus rosados mofletes, tiene los ojos demasiado separados el uno del otro y un entrecejo muy poblado. En un intento de parecer agradable, vuelve a disculparse por «el golpecito» que me ha dado. Pero a mí no me engaña, no lo siente, sé lo que pretende: ¡lo quiere es conversación! No me equivoco, enseguida, me pregunta de dónde soy, adónde voy, si estudio o trabajo... Le contesto de manera escueta, pero educada. Es lo que tienen estos viajes, te ves atrapada entre otro pasajero y la ventanilla, y hay que estar dispuesta a lo que venga. Me pregunta qué llevo en la bandeja. Instintivamente, la agarro con más fuerza. Me alegro de haberla puesto en mi regazo antes de dormirme. Le contesto que es un bizcocho pensando en que es difícil de partir. «¡Qué rico!», exclama relamiéndose. Me felicito en silencio por mi ocurrencia, si le llego admitir que son empanadillas, me hubiera visto obligada a retirar el papel y darle una porque ya se sabe que en estas situaciones hay que estar dispuesta a todo.

Vuelvo a rebuscar en la mochila, esta vez saco uno de los libros que me han acompañado en mis vacaciones, ya los he leído, pero es mejor releer que seguir hablando con ella. Lo abro por una página cualquiera y me sumerjo en él reencontrándome con los personajes

que ya conozco, los lugares a los que ya he viajado y las historias que ya he vivido. La mujer ha seguido hablando sola durante un rato más, pero parece que ha pillado la indirecta y, por fin, ha cerrado el pico.

Cuando mis pies tocan suelo firme, a pesar de llevar la bandeja en una mano, la maleta en la otra y la mochila a la espalda, me siento aliviada, como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Pero nada más salir a la calle, ese desahogo se transforma en carga. La humedad de esta asquerosa ciudad se impregna en mi piel, formando sobre ella una segunda capa brillante y pegajosa. Creo que ya estoy notando como se me encrespa el cabello y se me hinchan los pies. Son las siete de la tarde y hace un bochorno que no es ni medio normal.

Las calles casi desiertas, la persiana de la mayoría de los establecimientos bajada y las carreteras con poco tráfico, parecen querer recordarme que estamos a mediados de agosto y que debería estar en la playa y no allí rodeada de asfalto y edificios infinitos. ¡Cómo si no tuviera yo bastante pena!

Un puñado de hojas, que no sé de dónde han salido en esta época del año, se amontonan revoltosas en el portal esperando a que alguien abra la puerta para colarse. Me fastidia ser yo la que les vaya a dar paso. Como voy cargada, decido llamar al portero, no hay respuesta, insisto, nada. Sara debe estar sobada en el sofá o con los auriculares puestos porque me aseguró que estaría en casa. Llevamos tres años compartiendo piso, pero no acabamos de congeniar. Apoyo la bandeja de las empanadas sobre la maleta, me quito la mochila para buscar las llaves. ¡Genial! Al parecer, no las cogí. Retrocedo unos pasos, me asomo a la calle, miro hacia ambos lados, constato que los bares más cercanos están cerrados. Estoy cansada, hace calor, voy cargada y no tengo ganas de caminar más, así que decido llamar de manera aleatoria a tres o cuatro pisos con la esperanza de, por lo menos, poder acceder al rellano, pero no hay respuesta. ¿Es que no queda nadie en esta

inmensa ciudad? Saco el móvil del bolsillo del vaquero para llamar a mi compañera, ¿en serio? ¡No tengo batería! ¡No me lo puedo creer!

Me siento en el suelo, al igual que las hojas, me he quedado sin pase. Alargo el brazo para coger una empanada, estoy algo lejos, pero creo que lo conseguiré. Mi desidia hace que la bandeja se tambalee, intento ponerme en pie para sujetarla antes de que caiga, pero ya es demasiado tarde. El papel que la cubría ha salido disparado y las empanadas se amontonan las unas sobre las otras, espachurradas y aceitosas en el suelo. Como si me fuera la vida en ello, me apresuro en recogerlas, quizá pueda salvar alguna. Sí, hay dos que han aguantado estoicamente encima de las otras, intactas y victoriosas. Vuelvo a sentarme, ¿cada vez hay más hojas o me lo parece a mí? Tengo una empanadilla en cada mano, las miro, primero una y después otra, son iguales, pero no me decido a cuál hincarle el diente. Solo tengo dos y no volveré a ver a mi madre hasta de aquí unos meses. Las vuelvo a mirar, me llevo una a la boca. Es de atún, tomate y huevo. ¡Está deliciosa! Empiezo a llorar. Sudorosa y comiendo, debo parecer una loca allí sentada entre hojas y lágrimas. Algo se me está clavando en el culo, me incorporo para extraerlo del bolsillo trasero del pantalón. ¡Ostras! ¡Las llaves! ¡Olvidé que las había metido allí! Empiezo a reír, llorar, reír y llorar. Miro a mi alrededor, quizá no haya tantas hojas, quizá no sea para tanto haberme quedado sin empanadillas, pero ¡joder! ¡Qué duro es volver de las vacaciones!

Olga Prado